

EN EL OCHENTA ANIVERSARIO DE LA CREACIÓN DE LA ORQUESTA NACIONAL DE CONCIERTOS, DESPUÉS ORQUESTA NACIONAL DE ESPAÑA: MENOSPRECIO Y OLVIDO DE UNA INICIATIVA REPUBLICANA

ON THE EIGHTIETH ANNIVERSARY OF THE CREATION OF THE NATIONAL CONCERT ORCHESTRA, LATER KNOWN AS THE SPANISH NATIONAL ORCHESTRA: CONTEMPT AND NEGLECT OF A REPUBLICAN INITIATIVE

EDITORIAL

La Orquesta Nacional de España ha cumplido ochenta años en 2017, sin que dicha efemérides haya tenido la atención y el reconocimiento que merece. Los motivos que podemos aventurar para explicar este no-cumpleaños son variados, empezando por el desinterés de la Administración hacia la “música clásica”. Tal extremo se confirma analizando las últimas veinticuatro medallas de Bellas Artes otorgadas: incluyen un torero pero ningún representante del género clásico, aunque el compositor Alberto Iglesias no esté muy alejado. Igualmente, advertimos la pervivencia de la doctrina *damnatio memoriae*, impuesta por los vencedores de la Guerra Civil, que borró del recuerdo todas las iniciativas emprendidas durante la Segunda República. En 1992, aquel país de los milagros celebró el cincuenta aniversario de la Orquesta Nacional¹. El inconveniente es que se computó para su celebración a partir de las oposiciones de 1942, cuando la agrupación había nacido en realidad como “Orquesta Nacional de Conciertos” por decreto de Manuel Azaña publicado en 1937, siguiendo el impulso de Josep Renau, director general de Bellas Artes². Al margen de esta disputa cronológica, cuando menos cabría haber celebrado durante el año 2017 el septuagésimo quinto aniversario, como ha solicitado la Comisión de Profesores de la Orquesta Nacional. Tampoco se ha hecho así.

La Orquesta Nacional actuó durante la guerra en Barcelona, donde convivían los gobiernos republicano, catalán y vasco, rodeados de refugiados, hambre, purgas y tensiones.

¹ Franco, Enrique, *Memoria de la Orquesta Nacional de España. 50 Aniversario*, INAEM, Madrid, 1992.

² Bodí, Francesc, “Renau y el arte de la música”, en Jaime Brihuega y Norberto Piqueras (eds.), *Josep Renau, 1908-1982. Compromis i Cultura*, Universitat de Valencia-Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, Valencia, 2007, pp. 170-193.

Ofreció una treintena de conciertos heroicos durante dos años muy difíciles. Siguiendo a Oriol Martorell³, Enrique Lacomba y Guzmán Urrero Peña recuperaron la memoria de aquella Orquesta Nacional Republicana en un interesante artículo que publicó la revista *Scherzo* en 2008⁴. El director de la Orquesta fue, en ambas etapas y tras superar la correspondiente depuración, el maestro Bartolomé Pérez Casas.

A estas reflexiones cabe sumar la distinta carga semántica, ideológica y sentimental que abriga para cada cual el término “nacional”. Es un concepto incómodo, polisémico, que tiende a desaparecer del discurso políticamente correcto. Y esa propensión arrastra hacia la invisibilidad a las instituciones que lo portan como apellido.

La inclusión de la cultura en la política de Estado surgió el siglo pasado de la mano de los movimientos totalitarios con fines propagandísticos y nacionalistas. Tras la Segunda Guerra Mundial, los gobiernos socialdemócratas prosiguieron aquella senda como parte de su programa de reorganización ciudadana y gobernabilidad, especialmente en los países nórdicos y occidentales, con Francia como líder indiscutible de la mano de André Malraux. La cultura se convirtió, al mismo tiempo, en un elemento fundamental de la diplomacia y de la Guerra Fría.

Actualmente se están desmantelando aquellas conquistas. La regresión se justifica con la imposición de recortes asociada a una intensa operación de descrédito de lo público y, especialmente, de lo cultural. La música sinfónica, con su halo angelical, no se libra del pecado, como bien ha demostrado Norman Lebrecht⁵. Aquel modelo civilizador tuvo su época dorada. En vez de consolidarse, mejorar y evolucionar, hoy parece disolverse. Su espacio es codiciado por industrias que obedecen a objetivos distintos aunque se autodenominen “culturales”. Ya ni siquiera hay un ministerio específico para la cultura. La Orquesta Nacional es una herencia del siglo pasado que las autoridades no saben gestionar. Aun así, seguimos siendo, a pesar de la falta de empuje político, una potencia artística.

La Orquesta Nacional vive el mejor momento de su trayectoria, con un nivel comparable a las mejores agrupaciones del mundo. España cuenta con unas infraestructuras musicales modernas. El Auditorio Nacional, su sede oficial, fue uno de los primeros ejemplos de aquella política emprendida hace treinta años. Los programas que diseña para ella Félix Alcaraz son coherentes y muy atractivos. Los intérpretes más cualificados, entre los que se encuentran muchos formados en nuestro país, compiten por ocupar sus atriles. Estamos ante la mejor generación de músicos profesionales de nuestra historia.

³ Martorell, Oriol, “La música sinfónica a Barcelona durant la guerra”, *L’Avenç*, n.º 16, mayo de 1979 (2.ª época), pp. 56-62.

⁴ Lacomba, Enrique y Urrero Peña, Guzmán, “La Orquesta Nacional republicana”, *Scherzo*, n.º 228, Madrid, 2008, pp. 136-139.

⁵ Lebrecht, Norman, *¿Quién mató a la música clásica?*, Acento, Madrid, 1998.

Conservatorios y escuelas de música llevan décadas ofreciendo una excelente preparación orquestal, cuyos resultados empezamos a vislumbrar. Las condiciones económicas de los profesores de la Orquesta Nacional son competitivas, aunque las garantías laborales se han debilitado. Los funcionarios, que accedieron en la época del maestro Jesús López Cobos, constituyen menos de la mitad de la plantilla, son un cuerpo a extinguir y están cerca de la jubilación. Los músicos que se han incorporado posteriormente están sometidos a contratos sin la protección de un marco jurídico administrativo propio. Todo ello compromete el futuro de esta gran institución en la que se han invertido ochenta años de esfuerzos individuales y colectivos.

Pero no se ha producido ninguna celebración: porque no hay nada que celebrar. Más bien al contrario, el futuro de la Orquesta Nacional es una incógnita. ■

Madrid, 25 de noviembre de 2017

VÍCTOR PLIEGO DE ANDRÉS
Pedagogo y musicólogo